

SER TESTIGOS.
COMUNIDADES DE TESTIGOS Y PROFETAS
Prof. Juan de Dios Martín Velasco

Aula de Teología
27 de Abril de 2010

INTRODUCCIÓN

Nuestra preocupación, en las dos conferencias anteriores, ha sido, en primer lugar, encontrar la forma de ser cristianos en la sociedad y la cultura actuales que hacen particularmente difícil, en algunos aspectos, el poder vivir espiritual y religiosamente. En segundo lugar, el martes pasado pudimos ver que una situación como ésta requiere una respuesta radical; también que éste no es el momento de reformas superficiales en la vida cristiana, porque, a una situación de seria crisis religiosa –que en algunos casos llega a ser crisis de Dios- la respuesta no puede ser otra que la recuperación del ser cristiano en torno a su eje, es decir, en torno a la experiencia personal de Dios.

Quedó pendiente de exponer el último punto, es decir, cómo se hace efectiva en la vida de las personas, la adhesión creyente, la experiencia de la fe, por lo que voy a resumirlo en primer lugar.

La forma de ser creyente se realiza, sencillamente, con la práctica efectiva de la fe. Hubo un tiempo en que la práctica de la fe se cifraba sobre todo en la confesión de fe y en oraciones en las que pedíamos a Dios su ayuda para ser creyentes. Hoy sabemos que ser creyente es toda una larga experiencia que requiere que el sujeto encarne en todos los aspectos de su vida personal, en su razón, en sus sentimientos, en sus decisiones fundamentales, incluso en su forma de vida, ese ser creyente que afecta a la totalidad de la persona.

Generalmente, se vienen enunciando dos caminos fundamentales para poner en ejercicio la fe:

El tradicional se refería a la oración -retomando una frase de Santo Tomás y transfigurando su sentido- como *fidei actus*, en latín, porque *actus* tiene un sentido muy preciso, es lo opuesto a la potencia, donde hay sólo posibilidad; por tanto decir “acto de la fe” quiere decir actualización efectiva de la fe por las personas. Es muy posible que quien actualiza la fe a través de la oración llegue, en el ejercicio de la misma, a momentos de una muy intensa experiencia de Dios como han hecho los místicos. Cuando San Juan de la Cruz define la contemplación como *advertencia amorosa de Dios presente*, está refiriéndose al núcleo del ejercicio de la fe, es decir, tomar conciencia de esa presencia de Dios en nosotros a la que nos referíamos el último día, y responder a esa presencia de Dios en los mismos términos en que Él se nos hace presente.

Últimamente se viene acudiendo a un texto de San Pablo para referirse a otra forma de poner en ejercicio la fe. En la carta a los Gálatas San Pablo dice que *la fe se hace presente por medio del amor* (5,6); efectivamente, una forma efectiva y muy gratificante de hacer la experiencia de la fe, es darse a las obras del amor cristiano que es, inseparablemente, amor de Dios y amor a los hermanos.

En las reflexiones que se han hecho desde la segunda mitad del siglo pasado hasta ahora, es muy frecuente aludir a una tercera forma de realización de la fe; es lo que el Padre Rahner llamaba *la mística de la cotidianidad*, y lo que Zubiri, gran filósofo español de la religión, llama *la experiencia de Dios en medio de la vida*. Zubiri dice, con mucha razón, que Dios no es objeto de ningún acto humano, pero es la raíz de la que surge nuestra vida, la presencia original, la realidad sobre la que se fundamenta nuestra vida. Cuando hacemos la experiencia de estar fundamentados en Dios, estamos haciendo la experiencia de Dios; y cuando vivimos desde la adhesión a esa Presencia que nos está originando constantemente, hacemos la experiencia de estar fundamentados en Dios. Dice Zubiri que la experiencia de la fe no se hace al margen de la vida; comer, reír, llorar, tener hijos... vivir todo eso humanamente y vivirlo creyentemente es hacer la experiencia de Dios en medio de la vida, y no al margen de ella, como cuando se realiza en el culto o en la oración.

Entre los rasgos del ser creyente que intenté describir el último día, y que terminaré de hacer hoy, aparece uno que es propio de la identidad cristiana y que, por tanto, no es sencillamente una acción más del cristiano, sino que pertenece a la esencia misma del ser cristiano: es lo que conocemos con muchas expresiones, pero que podemos resumir en el término de “la misión” o “la evangelización”.

Nuestra vida cristiana tiene su fundamento en la vocación de Dios, pero en una vocación de Dios destinada a enviar a aquel a quien llama para la realización, a través de la propia vida, de la tarea que personalmente encomienda Dios a cada persona. Jesús se definía a sí mismo como *el enviado*, y esa condición de *enviado* que tiene Jesús, la tenemos todos, razón por la cual la misión es un aspecto constitutivo de nuestro ser creyente. Hoy me propongo describir brevemente en qué consiste esa condición de *enviado* que tenemos todos, y ver cómo se puede realizar la misión en nuestros días.

1. PUNTO DE PARTIDA

Comienzo por una constatación que nos va a mostrar, desde el principio, lo problemático que puede resultar realizar esta condición de *enviado* en las actuales circunstancias.

Ya desde principios del siglo XX, la Iglesia toma conciencia de que gran parte de la sociedad se está alejando de su influjo. Pío XI llegó a hablar de *la apostasía de las masas*, refiriéndose sobre todo al mundo del trabajo y de los intelectuales que, en un gran número, había tomado distancias en relación con la Iglesia. Surge entonces la necesidad de recuperar ese contacto y de llegar a esa gran parte de la sociedad que se había alejado del influjo de la Iglesia y comienzan a aparecer una serie de movimientos en el seno del catolicismo, destinados precisamente a hacer posible la misión en el interior de la Iglesia.

La Acción Católica surge en los años 20 del siglo pasado, cuando el Papa y los obispos se dan cuenta de que solos no pueden llegar a difundir el evangelio y convocan a los laicos para que participen en la misión de la Iglesia. La Acción Católica se definía como *la participación de los laicos en el apostolado jerárquico de la Iglesia*. Se creía entonces que el apostolado pertenecía de manera esencial a la jerarquía, pero que ésta podía hacer partícipes a los laicos de este carisma suyo. Felizmente el Vaticano II cambió esta manera de entender el apostolado de los laicos que, por el sólo hecho de estar bautizados, participan en la misión profética de Cristo.

En los años 30 surgen, en Bélgica y en Francia sobre todo, los movimientos apostólicos. En este momento se trata de suscitar laicos cristianos que den testimonio de su cristianismo en los distintos sectores de la sociedad a los que se quiere evangelizar. El primer movimiento que surge es la JOC en Bélgica, por iniciativa del abbé Cardijn -posteriormente cardenal- quien dice que los jóvenes obreros no pueden ser evangelizados más que por jóvenes obreros cristianos; posteriormente extiende este movimiento a otros sectores de la juventud, profesionales, distintas áreas del mundo: estudiantil, profesional, rural, etc.

Los últimos años de la década de los 30 y los años 40 tienen una importancia muy grande en el despertar de la conciencia misionera cristiana. Hasta finales de los años 30, la palabra misión se aplicaba sólo a la difusión del evangelio en territorios no cristianos. A partir de ese momento, en Alemania con el Padre A. Delp, jesuita alemán, y en Francia con el abbé Godin, se toma conciencia de que ambos países se han convertido en tierra de misión, y se cae en la cuenta de que toda la actividad pastoral tiene que ser misionera.

Hay entonces un movimiento de extraordinaria importancia que, no sólo hace tomar conciencia de la misión en los países de tradición cristiana, sino que, al hilo de esa toma de conciencia del carácter misionero de los cristianos, renueva por completo aspectos muy importantes de la vida cristiana: pensemos, por ejemplo, en el “ministerio”. Anteriormente, a los presbíteros nos llamaban sacerdotes y nuestra misión era, sobre todo, el culto; entonces se ve que lo que distingue al presbítero, además del culto, es el ministerio apostólico, es decir, misionero. Las parroquias, que hasta ese momento eran lugares de distribución de servicios religiosos, se convierten en parroquias misioneras. La concepción de la relación de la Iglesia con el mundo cambia notablemente; se derriba el muro que separa a la Iglesia de la sociedad y ya no se habla de “Iglesia, sociedad perfecta” y “sociedad civil”, sino que se dice “la Iglesia en la sociedad”, *Iglesia en el mundo*, como dirá la constitución pastoral del Vaticano II.

Este movimiento –que tuvo verdaderas resistencias por parte de la jerarquía eclesiástica, de Roma en concreto, hasta el punto de que hubo incluso una prohibición de ejercer el ministerio a los sacerdotes obreros, algo muy triste que ocurrió en los años 50 - es asumido en gran parte por el Concilio, que lleva a la toma de conciencia de que, efectivamente, toda la Iglesia, incluidos los laicos, no son verdaderamente cristianos si no participan de la dimensión profética de Cristo, que no es otra cosa que la dimensión del testimonio en la sociedad en la que están.

Hay documentos preciosos que insisten en este tema. Como sabéis, el Concilio coincidió con el desencadenamiento de una crisis cultural de primera magnitud que tuvo consecuencias también en la vida religiosa; recuerden los años 60 y todo lo que aquello supuso; el mayo francés no fue más que una manifestación, una especie de llamarada, de algo que estaba ya germinando en el conjunto de la sociedad. Pablo VI interpreta que esta crisis se debe, tal vez, al influjo de una mala interpretación del Concilio, e intenta devolver a la Iglesia el impulso misionero con una Carta Apostólica, *Evangelii Nuntiandi*, que resumía los trabajos del Sínodo del año 1974. Lo que el Papa dice sobre *la evangelización, vocación propia de la Iglesia* es un texto hermoso, que nos sitúa en el corazón de lo que tenemos que hacer ahora:

La Iglesia lo sabe. Ella tiene viva conciencia de que las palabras del Salvador: "Es preciso que anuncie también el reino de Dios en otras ciudades", se aplican con toda verdad a ella misma. Y por su parte ella añade de buen grado, siguiendo a San Pablo: "Porque, si evangelizo, no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone como necesidad. ¡Ay de mí, si no evangelizara!". Con gran gozo y consuelo hemos escuchado Nos, al final de la Asamblea de octubre de 1974, estas palabras luminosas: "Nosotros queremos confirmar una vez más que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia"; una tarea y misión que los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes. Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar.

La evangelización es un elemento constituyente de la Iglesia y, por tanto, de todos los creyentes, de tal manera que, a partir de ese momento, entendemos que, sólo evangelizando lograremos realizar nuestra condición cristiana.

Cuando Juan Pablo II accede al pontificado, la crisis que se había iniciado unos años antes se ha hecho más extensa, y todo su proyecto pastoral gira en torno a una expresión que se hizo célebre y que todavía sigue vigente: *proyecto para una nueva evangelización*. Se trata de rehacer un proyecto que se inició hace mucho tiempo pero que, en Europa por ejemplo, necesita rehacerse de nuevo.

Todo el pontificado de Juan Pablo II estuvo orientado a este fin; lo grave es que, después de un siglo de iniciativas de este estilo y con esta urgencia, cuando nos preguntamos qué está sucediendo en la Iglesia actual, tenemos que responder que necesitamos volver a leer la Carta Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, de Pablo VI y volver a escuchar los mensajes de Juan Pablo II, porque apenas hemos dado un paso efectivo en el proyecto de evangelización de Europa.

¿Por qué ha ocurrido esto? Cuando se dio el gran movimiento misionero de los años 40, uno de sus promotores, el Cardenal Suenens -entonces obispo auxiliar de Malinas (Bélgica)- acuñó una frase que se extendió después a todas las Iglesias: *Hay que poner a la Iglesia en estado de misión*. Tenemos que tomar conciencia de que, las comunidades, las parroquias, las diócesis, tienen que ponerse en estado de misión.

Es un hecho que eso no se ha conseguido; hay indicios de que no nos hemos puesto en estado de misión:

¿Qué hacemos en las parroquias? lo que hacíamos antes del Concilio, mejorado, es cierto, pero seguimos haciendo lo mismo, fundamentalmente ofrecer servicios religiosos a los que lo piden. ¿A qué nos dedicamos los sacerdotes, en un porcentaje elevadísimo? A tareas de cuidado de los que ya se consideran cristianos. ¿Qué sucede en los ámbitos menos evangelizados? Que generalmente tienen menos presencia de la Iglesia y menos presencia de sacerdotes.

Comento esto para que tomemos conciencia de la realidad, no para lamentarnos únicamente, sino para ser conscientes de que necesitamos ponernos en estado de misión, porque no lo hemos conseguido.

2. POSIBLES RAZONES DEL HECHO

Una razón puede ser que no acabamos de tomar conciencia de la gravedad de la situación; no acabamos de convencernos de que Europa es país de misión; más aún, de que ha sido cristiana y ha dejado de serlo. Hay países de misión que no han tenido contacto ninguno con el cristianismo y cuando se les anuncia el evangelio descubren en él una novedad extraordinaria. En el caso de Europa, lo malo es que ya está “de vuelta del evangelio”, lo da por superado; podemos experimentarlo cuando, al hablar de la resurrección de Jesucristo y de la nuestra, un mensaje como para conmover a cualquiera, nuestros contemporáneos europeos sacuden los hombros con indiferencia. Hemos escuchado esta realidad y hemos dejado de prestarle atención; no acabamos de dar con los recursos para que se perciba la enorme novedad que lleva consigo el mensaje cristiano.

La segunda razón que a mí me parece de mucho peso es que, aun conscientes de la realidad, no hemos renovado la pastoral de la Iglesia en el sentido de hacer de la pastoral, sobre todo, misión.

Sin embargo, a mi modo de ver, hay otra razón más profunda, que sólo me atrevo a proponer como hipótesis pero que, en mi opinión, está influyendo cada vez más en la situación en la que nos encontramos: ¿Y si no avanzásemos en el terreno de la evangelización porque, lo mismo que en los años 40 y 50, caímos en la cuenta de que Europa era país de misión, hoy tuviésemos que reconocer que la Iglesia es “país de misión”?

¿Y si fuésemos incapaces de evangelizar debido a la debilidad y la mediocridad de nuestra fe? El rasgo al que yo me referí el primer día, como el más serio de la situación de crisis era que ésta no es sólo religiosa, sino que, probablemente, es crisis de fe, que también afecta a los miembros de la Iglesia, en cuyo caso, es normal que no avancemos en la misión, porque sólo se puede evangelizar si se está evangelizado. En la Iglesia todos estamos bautizados, pero evangelizados quizá no lo estemos tanto. Es una hipótesis realmente dura y que nos tiene que cuestionar mucho.

Por tanto, para recobrar el impulso misionero que necesitamos para responder a las necesidades de nuestro tiempo, es indispensable tomar conciencia de lo precaria que es nuestra fe y recuperar su vitalidad.

Yo estoy seguro de que, como veremos enseguida, en cuanto recuperemos una fe viva, no tendrá nadie que invitarnos a la evangelización; los Papas no tendrán que lanzarnos continuas encíclicas, exhortaciones... para que seamos misioneros. Lo seremos, como decía San Pablo, por necesidad.

3. POSIBLES RESPUESTAS A ESTA SITUACIÓN

Creo que hay una serie de posibles respuestas que podríamos resumir en éstas:

En primer lugar, creo que, en muchos cristianos se está produciendo lo que podríamos llamar “el síndrome de Jonás”, un hombre al que -según se nos describe en el AT- Dios llama para que vaya a Nínive, una ciudad de cien mil habitantes - muy grande en aquel momento- a predicar la conversión. Jonás se resiste, en parte porque no se ve capaz de hacerlo y, en parte por otra razón mucho más problemática: casi tiene miedo de que Nínive pueda convertirse por su predicación, con lo cual, el resultado sería una ciudad pecadora que se pondría en la misma situación que el pueblo de Israel. Jonás renuncia a seguir la vocación y termina en un barco del que le tiran al mar porque le consideran responsable de la tormenta que pone a la nave a punto de naufragar; dice el texto que *Dios envió un pez gigantesco para que se tragara a Jonás, quien estuvo en el vientre del pez tres días con sus noches*. Cuando la ballena lo vomita a las playas, Dios lo lleva casi a la fuerza a predicar en Nínive; la ciudad escucha su palabra y se convierte.

Es posible que muchos de nosotros pensemos como Jonás y digamos que “esto no es para nosotros... es una tarea excesiva... es mejor ser cristianos en el interior de la comunidad y vivirlo ahí de la mejor manera posible...” porque eso de salir fuera a predicar y anunciar nos parece una tarea que nos sobrepasa, sobre todo a los que nos estamos haciendo mayores y que, posiblemente, hemos hecho intentos y hemos visto que no producen un efecto inmediato: “Hemos trabajado toda la noche y no hemos conseguido nada”.

En segundo lugar, es posible que se esté dando en la Iglesia la respuesta de algunos movimientos que, ante la situación verdaderamente dura del mundo en el que vivimos, se han replegado sobre sí mismos para recuperar la identidad cristiana y que, una vez recuperada, cifran la identidad en una evangelización a fuerza de propaganda que haga prosélitos, muchas veces para sus propios grupos aunque, al mismo tiempo también, lógicamente para la Iglesia. Yo he oído a cristianos de los medios en los que me muevo comentar lo que hacen los testigos de Jehová, por ejemplo, ir de dos en dos, repartir propaganda... y se preguntan por qué nosotros no hacemos lo mismo. Yo me temo que hacer prosélitos no es el mejor método para evangelizar; la fe no se difunde haciendo miembros de la Iglesia, a toda costa. La tarea tiene que ser otra; de hecho, esos grupos están ya, en muchos casos, en una crisis de segunda generación, porque ven que el proyecto que habían concebido no da buenos resultados.

En tercer lugar, hay otro grupo de cristianos que parece haber renunciado, no sólo a evangelizar, sino en buena medida a hacerse significativamente presentes como cristianos en el mundo en el que están; son aquellos que podríamos llamar “cristianos liberales”.

El cristianismo liberal surgió en el siglo XIX; consistía fundamentalmente en adaptar el mensaje cristiano a la sociedad secularizada y a los gustos de esa sociedad, con lo que de este modo se ha terminado por diluir el mensaje cristiano en el mensaje de la sociedad y nos hemos adaptado tanto que, al final, no aportamos nada verdaderamente cristiano. Es curioso que, cuando muchos de estos cristianos progresistas-liberales intentan que su mensaje sea escuchado por la sociedad afirman –por ejemplo- que, en definitiva, el cristianismo no es más que... una moral elevada. Y no es así; si el cristiano sólo fuese eso, sería una sabiduría más; a fuerza de adaptarnos podemos perder nuestra propia identidad.

¿Qué podríamos hacer para no caer en ninguna de estas formas de evangelización, totalmente inadecuadas a mi modo de ver?

Hay un libro francés que a mí me resultó provocador a la vez que interesante. Se trata de *La cuarta hipótesis en relación con el futuro del cristianismo*; su autor, Maurice Bellet, enuncia cuatro hipótesis –yo diría más bien, cuatro escenarios posibles- a la hora de pensar en ese futuro:

Primera: *El cristianismo desaparece de Europa*. Es posible; el cristianismo ha desaparecido de partes del mundo donde estaba extendido y muy arraigado. En tiempos de San Agustín había 300 obispos en el Norte de África y ahora queda una docena; en Asia menor, la cuna del cristianismo con los grandes padres griegos de la Iglesia, quedan 100.000 cristianos entre 80 millones de turcos. Es cierto que el cristianismo podría desaparecer de Europa, aunque no es probable; entre otras cosas porque –como decía un sociólogo de las religiones, que no es cristiano- las religiones generalmente no desaparecen, se transforman.

Segunda: *El cristianismo se diluye en la sociedad y la cultura que ha surgido de él*. Nuestra cultura está enormemente secularizada, pero todavía hay una serie de rasgos del cristianismo presentes en ella; por ejemplo, algunos sociólogos se asombran de que el Decálogo del AT, asumido por el cristianismo tenga todavía una huella tan importante en la mentalidad de muchas personas. Quien dice esto, dice otros muchos aspectos, por ejemplo: la simbólica sigue siendo, para muchas personas, fundamentalmente cristiana. Es posible que el cristianismo no desaparezca, pero sí que quede diluido en la cultura, en los usos, en las tradiciones... ¡cuántas fiestas populares se celebran con referencia al cristianismo, aunque el pueblo en cuestión esté muy alejado de la Iglesia! El pueblo puede estar normalmente secularizado, pero sigue habiendo la procesión, la misa solemne, el sermón...; sigue presente una referencia cristiana aunque ya es más cultural que religiosa.

Tercera: *Hay mucha dificultad para hacernos presentes en el mundo secularizado en el que estamos*. Ante esto, unos eligen el camino del atrincheramiento en la propia identidad, aislándose del mundo, y otros eligen el camino de la disolución en el mundo a través de una adaptación cada vez mayor.

Es curioso ver cómo, los católicos en concreto, tenemos hoy día una división profundísima en nuestro interior que, a veces, da lugar a verdaderos cismas no declarados; por una parte tenemos a los “católicos progresistas” y por otra a los “católicos conservadores”.

Y muchas veces ni nos entendemos ni dialogamos, sino que damos por sentado que son dos formas de ser católicos que no tienen comunicación posible, con el gran peligro de que, en esa separación, perdamos la posibilidad de hacernos visibles significativamente en el mundo, sobre todo en un mundo que tiende, cada vez más, a la globalización y a la unidad.

Siempre me parece que la UE está suponiendo un reto formidable para el cristianismo: 27 países que han pasado dos grandes guerras, contrapuestos y destruyéndose los unos a los otros, pero que, en cuestión de 40 o 50 años, han superado infinidad de causas de enemistad profunda, de intereses contrapuestos... y ahora comparten la misma moneda y han constituido la UE. Sin embargo, los cristianos, que creemos en el mismo Dios, que estamos bautizados con el mismo bautismo, y reconocemos al mismo Jesucristo, seguimos divididos en Iglesias; protestantes, ortodoxos y católicos, incapaces de dar un paso hacia la unidad. La UE es un reto para los cristianos porque parece que lo económico, lo político, es capaz de superar divisiones que no es capaz de superar nuestra “fe”, expresada de forma distinta.

Cuarta: *Que el evangelio vuelva a ser otra vez evangelio*. Evangelio es Buena Nueva -los dos términos tienen mucha importancia- *Que se trate de una Buena Noticia con toda la novedad que el cristianismo lleva consigo*. Que el evangelio deje de ser tradición, peso, norma, conjunto de prohibiciones y vuelva a ser esa Buena Noticia que transformó a los pobres discípulos, decepcionados tras la muerte de Jesús, en los apóstoles que fueron y llegaron a decir, como Pablo, “si no evangelizo, no puedo vivir”.

A ese cambio les llevó, sencillamente, el encuentro con el Señor. Por tanto, yo creo que el descubrimiento del evangelio va unido al descubrimiento de Jesucristo como centro del cristianismo; a lo que el otro día llamábamos “la personalización del cristianismo en torno a la experiencia de Jesucristo, al encuentro con Él, como revelación de Dios”

Pienso que, si los cristianos de hoy día pudiésemos decir, *¿acaso yo no he “visto” al Señor?*, como hizo Pablo cuando le discutían el título de apóstol; si pudiésemos decir, también como él, *como yo fui conquistado por Cristo*, entonces descubriríamos lo que significa el evangelio; porque no se trata de un conjunto de doctrinas, sino que es “evangelio de nuestro Señor Jesucristo”, “evangelio de Jesucristo resucitado”, que es el núcleo del mensaje de los primeros cristianos. Lo que ellos predicaban, el centro del *kerigma*, como dicen los técnicos, es que Cristo murió, fue sepultado y al tercer día fue resucitado y está glorificado junto a Dios.

Ahora bien, para que eso no sea sólo una doctrina, hay que hacer la experiencia de que nos hemos encontrado con Jesucristo resucitado; y probablemente bastaría con que eso fuese real para que los creyentes actuales recuperásemos la capacidad de presencia, de renovación, de osadía, de eso que los textos antiguos llaman *parresía*, es decir, una mezcla de entusiasmo, decisión, coraje, valentía...

Y entonces, allí donde hubiese cristianos, se haría presente el evangelio de la manera más sencilla, surgida del interior mismo de las personas.

¿Qué símbolos utiliza el evangelio para hablar de la pertenencia al Reino?

Jesús dice a sus discípulos *vosotros sois la luz del mundo, vosotros sois la sal de la tierra*. Son realidades que surten sus efectos por el sólo hecho de ser lo que son: para iluminar, la luz tiene que ser sencillamente luz, y la sal, para sazonar, tiene que ser sal, nada más.

Bonhoeffer, en su obra *El precio de la gracia*, dice así:

Jesús dice a sus discípulos, “vosotros sois la sal de la tierra”. Es la sal quien conserva la tierra... Jesús, al llamar sal a sus discípulos y no a sí mismo, les transmite la actividad sobre la tierra... Sólo con la condición de que la sal siga siendo sal y conserve su fuerza purificadora y sazonadora podrá ser mantenida la tierra... La sal debe seguir siendo sal, la comunidad de los discípulos debe seguir siendo lo que es por vocación de Cristo. En esto consistirá su verdadera eficacia y su fuerza conservadora... “Vosotros sois la sal”. No dice: Vosotros debéis ser la sal. No se deja a elección de los discípulos el que quieran o no ser sal. Tampoco se les hace un llamamiento para que se conviertan en sal de la tierra. Lo son, quieranlo o no, por la fuerza de la llamada que se les ha dirigido. No dice: Vosotros tenéis la sal. Sería erróneo querer equiparar la sal con el mensaje de los apóstoles. Estas palabras se refieren a toda su existencia, en cuanto se halla fundada por la llamada de Cristo al seguimiento, a esta existencia de la que hablaban las bienaventuranzas. Quien sigue a Cristo, captado por su llamada, queda plenamente convertido en sal de la tierra.

No sólo la actividad invisible de sal, sino el resplandor visible de la luz se ha prometido a la comunidad de los discípulos por el llamamiento de Jesús. “Vosotros sois la luz”. No dice: Debéis serlo. La vocación los ha convertido en luz. No dice: Vosotros tenéis la luz, sino “vosotros sois”. La luz no es algo que se os ha dado, sino vosotros mismos. El mismo que dice de sí: “Yo soy la luz”, dice a sus discípulos: Vosotros sois la luz en toda vuestra vida, con tal de que permanezcáis fieles a la llamada. Siendo esto así, no podéis permanecer ocultos, aunque queráis. La luz brilla y la ciudad sobre el monte no puede estar oculta... En realidad, el seguimiento es tan visible como la luz en la noche, como un monte en la llanura.

Esto es lo que significa el testimonio, categoría por excelencia, de la misión.

4. NECESIDAD DE UNA NUEVA FORMA DE EVANGELIZACIÓN

La misión consiste en dar testimonio del ser creyente cada uno de nosotros. Jesús ni siquiera nos dice: tenéis que dar testimonio, sino que dice: *Vosotros sois mis testigos*. Ser testigo afecta al ser mismo de la persona; basta que la persona se haya encontrado con el Señor y le siga para que irradie la presencia del Señor con el que se ha encontrado. Ahora bien, no se consigue “ser testigo” haciendo determinadas acciones; el problema de la evangelización no son las estrategias ni los métodos, aunque habrá que utilizarlos. La evangelización se juega en el ser de los que evangelizan; sólo darán testimonio aquellos que sean efectivamente testigos.

Rasgos del “ser testigo cristiano”

Dar testimonio supone una presencia significativa. Hoy día los cristianos pintamos muy poco en la sociedad, y lo cierto es que, transmitir el mensaje cuesta un trabajo enorme.

Yo creo que esto no se debe tan sólo a la falta de oídos de nuestros contemporáneos, sino, sobre todo, a que nosotros no somos cristianos de manera suficientemente radical. Ser significativos, cristianamente hablando, significa ser radicalmente cristianos, y cuando se es desde la raíz misma del propio ser cristiano, entonces la existencia de ese sujeto se torna significativa, como les sucedió a los apóstoles.

Es bueno considerar cuál fue la situación de los primeros cristianos: en el espacio de tres siglos hicieron presente el cristianismo en el conjunto del Imperio; y no tenían ningún tipo de poder, televisiones, cadenas de radio... es más, estaban perseguidos por el Imperio, en algunos momentos de manera muy cruenta. No eran grandes sabios; lo eran los griegos, sobre todo los epicúreos, los de la academia, los peripatéticos, los estoicos... pero entre los cristianos, ya lo dice San Pablo: *No hay entre nosotros muchos sabios*; y sin embargo llenaron, primero las ciudades en torno a Jerusalén, con el nombre de Jesús, y luego el Imperio, con el evangelio. Y, desde luego, su situación no era más propicia que la nuestra; hay textos que describen cómo era la sociedad romana que, al leerlos nos da la impresión de que están describiendo la nuestra actual. Por ejemplo, un autor del siglo II o III habla en estos términos:

Hoy el mundo habla por sí solo; con su notoria decadencia está anunciando su disolución, están desapareciendo los trabajadores del campo, del comercio, del mar, los soldados de los campamentos, ya no hay honradez en los negocios, ni justicia entre los tribunales, ni solidaridad entre los amigos, ni habilidad en los oficios, ni normas en la moral; todo está desmoronándose.

Y en esa situación muy semejante a la del nihilismo contemporáneo parece ser que se extendió por el Imperio como una plaga el recurso al suicidio. Parecería un texto aplicado a nuestro tiempo. En esa situación aparecen los cristianos y transforman esa sociedad. ¿Qué es lo que llamó la atención sobre los primeros cristianos?

- En primer lugar, sin duda, la conciencia de novedad que ellos tenían y que los otros percibieron enseguida. Frente a ese mundo que parece que se está desmoronando, los cristianos aparecen dotados de la conciencia de que lo que ellos aportan no es un adorno al mundo que ven; lo que ellos aportan es la salvación. Son conscientes de que lo hacen, y lo hacen de tal manera que quienes les escuchan lo pueden creer. *En Cristo Jesús hay un hombre nuevo*, decía San Pablo; un hombre nuevo que tiene un nombre nuevo, entona un cántico nuevo, se habla del Nuevo Testamento, de la Nueva Alianza... el cristianismo está todo él lleno de la conciencia de novedad centrada en Jesucristo. San Ireneo decía que *el cristianismo ha aportado toda novedad al aportar a Jesús al mundo*.

Después de la muerte de los apóstoles, en la Iglesia no hay un oficio de evangelizador, ni un ministerio de la evangelización. Por tanto, el cristianismo se ha extendido por el boca a boca de las comunidades cristianas que, radicalmente transformadas, se hacen presentes en el mundo de forma muy significativa. La novedad estaba en el gozo que compartían los creyentes; gozo que no se obtenía a

base de poseer bienes, sino que muchas veces se daba, incluso en medio de sufrimientos. *Yo me alegro en las tribulaciones*, decía S. Pablo.

- En segundo lugar, en el amor mutuo: *Mirad cómo se aman...*
- En tercer lugar, la hospitalidad con los cristianos que se desplazaban a otros lugares donde tenían asegurada la acogida por los cristianos que allí vivían; y sobre todo, en la atención a los que necesitaban ayuda. Hay estudios bien hechos que aseguran que en los siglos II y III se producen dos epidemias formidables en el Imperio; una de ellas se llevó en torno al 20% de la población y los paganos observaron una manera enteramente diferente de portarse los cristianos con los apestados, del conjunto de los que vivían en el Imperio; mientras los romanos veían un apestado y salían corriendo, los cristianos lo acogían y atendían hasta darle sepultura.

Naturalmente, fueron estos hechos los que hicieron que se preguntaran el por qué de aquello, que la pregunta llevase al contacto con las comunidades y que éstas llegasen a ese cristianismo vivísimo de los primeros siglos.

Dimensiones en el testigo

Primer rasgo, del que hablábamos el martes pasado, totalmente necesario: testigo es el que ha hecho la experiencia.

Segundo rasgo, testigo es el que, en su forma de vida transparente la forma de vida de Jesús que, como sabemos, se distinguió por vivir desviviéndose por nosotros. Por tanto, la caridad efectivamente practicada, el servicio a los demás, es inseparable del testimonio cristiano. Decía el otro día que *el cristiano de mañana* –que ya es hoy- *será místico o no será cristiano*. Hoy habría que añadir algo más: el cristiano de hoy será solidario o no será cristiano. Si queremos que nuestro cristianismo sea verdaderamente significativo en nuestro tiempo, necesitamos tomar conciencia de este segundo rasgo.

Cito un par de textos en relación con esto:

Sin solidaridad eclesial con los que sufren –dice el teólogo Schillebeeckx- *sean quienes sean, el evangelio de las Iglesias resulta tan incomprensible como increíble*.

Alguien más cercano a nosotros, Javier Vitoria, profesor en Deusto, dice: *Sólo seremos evangelizadores siendo relatos intempestivos de solidaridad y de compasión en este mundo que se caracteriza por la pobreza, la dependencia y la exclusión*.

En la primera conferencia de este ciclo, al hablar de la situación actual, hacía referencia a “la tercera muerte de Dios”, la que se produce por la situación del mal, extendido sobre todo por el hecho de la injusticia. A esa “tercera muerte de Dios” sólo responderemos con un cristianismo que luche precisamente por la justicia y que, al elemento místico al que me refería hace un momento, añada el elemento profético.

Ante la necesidad de hacerlo así, lógicamente nos preguntamos qué pasos podemos dar, porque a todos nos gusta saber qué se puede hacer.

En este sentido, yo os invitaría a leer los números 10 y 11 del documento *Ad gentes*, del Vaticano II, sobre la actividad misionera de la Iglesia, y donde se describe un itinerario que debería seguir los siguientes pasos:

- El primero de todos, la presencia. *Si queremos evangelizar nos tenemos que hacer presentes con aquellos a los que queremos evangelizar.*

No hay evangelización a distancia; aunque hubo en algún tiempo un proyecto – creo que ya no existe– de evangelización por satélite, me parece que no es más indicado. Lógicamente, si queremos ser testigos nos tenemos que meter en la masa; la sal no sazona si no se mezcla con los alimentos a los que se aplica.

Ahora bien, presencia no significa tan sólo presencia física, sino presencia afectiva; Dios ama al mundo, *tanto amó Dios al mundo que entregó a su hijo...* Rahner decía: *la fe ama al mundo*. El creyente tiene que amar al mundo; su presencia tiene que ser la de alguien que ama a ese mundo al que va a evangelizar.

Estar presentes en el mundo significa conocer su mentalidad, su lenguaje, y poner el nuestro en sintonía para que pueda escuchar. Por tanto, presencia efectiva. Por ejemplo: después de nuestra guerra acudieron a Madrid masas de inmigrantes, especialmente, de toda la zona sur, que se acumularon en barrios verdaderamente inhumanos, que yo todavía he conocido, de casitas pequeñas y de chabolas; hubo grupos de una serie de congregaciones religiosas que se fueron a vivir entre ellos, y hubo también cristianos de las primeras parroquias de Madrid, que se hicieron presentes en ese mundo. No voy a decir que Vallecas sea cristiana, ¡qué más quisiéramos!, pero sí puedo afirmar que Vallecas comenzó a tener una relación con el cristianismo totalmente diferente a la que tenía antes; ya no hay ninguna inquina en relación con lo cristiano; puede haber muchas reservas en relación con el mensaje de la jerarquía, pero en la vida del vecindario los cristianos son aceptados plenamente, lo cual no es poco para comenzar una evangelización.

- El Concilio habla también de diálogo: *Es indispensable entrar en diálogo con aquellos a los que queremos evangelizar.*

Un diálogo en el sentido fuerte que describe Pablo VI en la encíclica *Ecclesiam suam*. En ella dice que para entrar en diálogo tenemos que ponernos al mismo nivel. Dialogar no es ir nosotros a enseñar a los demás, sino decir nuestro mensaje, siendo receptivos a lo que ellos tienen que aportar; con la conciencia, además, de que aquel a quien nosotros evangelizamos, en realidad ya tiene a Dios, como le tenemos nosotros; yo no voy a dar a Dios a aquellos a los que llevo el evangelio; Dios está presente en ellos como está presente en mí. Pablo tiene una expresión muy hermosa, en una de las cartas a los Corintios; cuando él se desanima por la situación de dificultad que encuentra, y recibe un mensaje que le dice: “hay ya muchos que son del Reino, aquí donde tú vienes a evangelizar”; la frase no es literal, pero va en esa dirección. Por eso podemos dialogar aprendiendo de aquellos con los que lo hacemos. El diálogo no es que predisponga para la misión, sino que forma parte de la misión.

▪ La colaboración con los otros. En todos los lugares en los que nos hacemos presentes, hay mil problemas humanos; no puede hacerse uno presente si no hace suyos esos problemas y colabora con los demás en la solución de los mismos. Esa lucha para resolver los problemas comunes favorece la relación, evita o supera los prejuicios que hay de una parte y de otra y, realmente, facilita mucho la transmisión de la condición de testigo que tiene el evangelizador.

▪ Finalmente, el concilio habla del testimonio, del que ya he comentado anteriormente, y al final habla del anuncio.

Naturalmente, el Concilio no quiere decir que haya que ir paso a paso, pero sí es importante que el anuncio lo ponga en último lugar y no al principio. Nosotros somos bastante amigos de comenzar por el anuncio y luego lo demás, cuando lo cierto es que el anuncio no se puede escuchar sin los pasos anteriores. Un anuncio que no va precedido de la presencia, del diálogo, de la colaboración, tiene muchas probabilidades de no ser escuchado.

Los obispos franceses que, desde los años 40 y 50, han ofrecido documentos muy importantes relacionados con la misión, en un último documento ofrecen estas posibles pautas para acciones evangelizadoras:

- 1) *Acoger la indiferencia y la increencia como un reto.* No considerarlo como un peligro o una maldición para nosotros, sino como un reto a través del cual nos habla Dios mismo, según veíamos el primer día.
- 2) *Practicar verdaderos diálogos,* como acabamos de decir.
- 3) *Cultivar el arte de vivir en cristiano.* Que los testigos seamos realmente cristianos en nuestra vida, no sólo en el culto o en las creencias. Presentar esa nueva forma de vida en la que consiste ser cristiano. Uno de los primeros nombres que se atribuyó al cristianismo -cuando todavía no tenía nombre- y unos lo llamaban la “secta de los nazarenos”, otros una “secta judía”, Pablo dice que es “un camino”..., el ángel que libera a los apóstoles, les dice: *id a predicar al pueblo en el Templo, esta forma de vida*”.
- 4) *Dar todo su lugar a la oración.* Yo creo que no se trata sólo de que pidamos por aquellos a los que vamos a evangelizar, sino que nuestra encarnación de la fe pase también por ese ejercicio de la fe que es la oración.
- 5) *Manifestar la visibilidad sacramental de la Iglesia,* que no es hacerse visible a través de la TV o de grandes concentraciones, sino que es hacerse testigos como comunidades cristianas. No he insistido en esto y tendría que haberlo hecho: el sujeto de la evangelización no son “cristianos francotiradores”, sino que son “las comunidades cristianas”, porque entonces el testimonio adquiere un relieve, mucho más importante.
- 6) *Aprender a practicar la esperanza cristiana.* Probablemente sea la esperanza el aspecto del cristianismo que más significativos puede hacernos en un mundo en el que el peligro mayor es la falta de sentido y de esperanza.

5. RAZONES PARA LA ESPERANZA

Este punto no es una manera de terminar con un “final feliz”. Sencillamente, creo que es muy bueno que tomemos conciencia de ser “la sal”. Por ejemplo, la crisis es muy importante y muy profunda, pero nos puede purificar de muchos lastres, formas de cristianismo muy desfiguradas que estaban presentes en esa época que llamábamos cristiana.

Podríamos detallar toda una serie de aspectos del cristianismo preconciiliar, y en gran parte también del postconciiliar, que eran verdaderas distorsiones del cristianismo; pensemos en las imágenes de Dios que hemos tenido y que hemos transmitido: Dios tapaagujeros, Dios que lo explica todo, Dios que castiga... Sólo nos queda por presentar la imagen de Dios realizada en Jesucristo, que es la única verdadera para los cristianos.

Los días que vivimos son días de ausencia de Dios, de silencio de Dios, es verdad, pero ¿no os habéis dado cuenta de que el silencio de Dios es un paso indispensable en la experiencia de Dios?

Todos los místicos han hablado de que, para llegar a hacer la experiencia de Dios, hay que pasar por “la noche oscura”; y ésta no es una fase, sino un elemento estructural de la experiencia cristiana. Hoy día no necesitamos “noches oscuras” particulares porque la sociedad, la cultura, el clima en que vivimos, nos ocultan suficientemente a Dios. Pero, en clima de silencio de Dios se puede purificar la fe en Él y podemos progresar en el reconocimiento de nuestro Dios. Y caer en la cuenta de que, lo que presentamos es el cristianismo, no un producto mágico como los que nos ofrece la publicidad; el cristianismo es Jesucristo crucificado y resucitado; por eso nuestro mensaje tiene que tener algo del mensaje de los que son crucificados y concrucificados con Cristo.

Termino con un texto del teólogo Bonhoeffer, que a mí me encanta y que me parece muy a propósito para suscitar la esperanza. Se trata de *Reflexiones para el día del bautizo de D.W.R.*, su sobrino, escritas en la prisión en mayo de 1944; en ellas habla de la unidad inseparable entre esperar, orar y hacer justicia. El bautizo de ese niño que acaba de nacer le ofrece una ocasión propicia a la hora de reflexionar sobre el cambio de los tiempos, y para intentar columbrar el perfil futuro de lo que será el cristianismo:

Nuestra Iglesia¹, que durante estos años sólo ha luchado por su propia subsistencia, como si ésta fuera una finalidad absoluta, es incapaz de erigirse ahora en portadora de la palabra que ha de reconciliar a los hombres y las mujeres. Por esa razón, las palabras antiguas han de marchitarse y enmudecer y nuestra existencia de cristianos sólo tendrá en la actualidad dos aspectos: orar y hacer justicia ante los hombres. Todo el pensamiento, todas las palabras y toda la organización en el campo del cristianismo, han de renacer partiendo de esta oración y de esta actuación cristiana. Cuando alcances –le escribe al niño- la edad adulta, el rostro de la Iglesia habrá cambiado por completo; no ha terminado aún su refundición y cada ensayo de dotar a la Iglesia prematuramente de un poder organizador acrecentado, no logrará más que

¹ Habla de la Iglesia luterana, pero me parece que, por desgracia, lo podríamos decir también de la nuestra.

demorar su conversión y su purificación... Nuestra existencia de cristianos sólo tendrá dos aspectos, orar y hacer justicia entre los hombres... No nos toca a nosotros predecir el día, pero este día vendrá, en que de nuevo habrá hombres llamados a pronunciar la palabra de Dios, de tal modo que el mundo será transformado y renovado por ella. Será un lenguaje nuevo, quizá totalmente irreligioso, pero liberador y redentor como el lenguaje de Cristo; los hombres se espantarán de él, pero a la vez serán vencidos por su poder.

Será el lenguaje de una nueva justicia y de una verdad nueva, lenguaje que anunciará la paz del Señor con los hombres y la proximidad de su reino... Hasta entonces, la actividad de los cristianos será oculta y callada, pero habrá hombres que rezarán, actuarán con justicia y esperarán el tiempo de Dios. Que tú seas uno de ellos –le dice al bautizado- y que pueda decirse de ti: “mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta ser pleno día”.

Creo que podríamos tomar esta última frase como dirigida también a nosotros.

6. LAS NECESARIAS REFORMAS ESTRUCTURALES EN LA IGLESIA

Queda por desarrollar este último punto del programa, pero no puedo hacerlo hoy por falta de tiempo. Sólo decir que son necesarias estas reformas para que el conjunto de la Iglesia no sea, ante las naciones, un celemín que oculte la luz que son sus fieles, que son los creyentes.

Muchas gracias

DIÁLOGO

P. *Después de expresar mi agradecimiento por las tres conferencias, ¿podría aclarar la diferencia que hay entre propaganda y testimonio?*

R. Yo creo que los testigos no son propagandistas. En realidad, el testigo no ofrece una idea, un partido, un grupo... si me apura, ni siquiera el grupo Iglesia. Lo que ofrece el testigo es una vida que a él le ha transformado la suya, y de la que se hace a veces testigo casi sin quererlo, porque el poder de quien le ha conquistado es tal, que ha transfigurado su vida por completo. Algunos dicen que la vida cristiana se contagia; a mí no me gusta esa imagen porque lo que se contagian son las enfermedades y, además, porque el contagio no pasa por la razón ni la voluntad del otro, y el cristianismo tiene que pasar por ahí. Lo que hace el testigo es irradiar, y por tanto invitar a acoger al otro.

En mi opinión, el propagandista quiere, sobre todo, convencer para la causa que propaga. Sin embargo, probablemente al cristianismo no le importe tanto convencer, porque en esta palabra va lo de “vencer” también. Fijaos en que, lo que nosotros transmitimos es, fundamentalmente, el amor de Dios revelado en Jesucristo; ahora bien este amor no vence, no convence, se presenta inerme, invita a ser acogido y nada más, impotentemente, como Jesús... ¿Hay mayor impotencia que salvar desde lo alto de la cruz?

Jesús fue el testigo del Reino, pero la verdad es que no era el propagandista de nada. El Reino se transparentaba en todo lo que hacía, y ha sido un éxito que, por cierto, fue muy escaso hasta que el Espíritu Santo hizo su obra en los apóstoles.